

Península, Península de Hernán Lara Zavala

El novelista involucrado

Ignacio Solares

“La palabra es el lugar que todos habitamos. ¿Sus fronteras? Labra la palabra y aparecerá un mundo”, dice Hernán Lara Zavala en las primeras páginas de su novela *Península, Península*. Y es lo que él hace: labra la palabra y aparece un mundo —concretamente, la Península de Yucatán en 1847 al estallar la cruenta Guerra de Castas— que sólo él, su autor, podía rescatar, redactar, así como lo ha hecho: ese mundo y ese tema que eran suyos y que lo esperaban pacientemente —sus amigos sabíamos que la estaba escribiendo, que ya iba muy adelantado, que ya la iba a terminar, que tendría quinientas páginas, no, que cuatrocientas— para que él, y sólo él, le infundiera aliento a ese mundo suyo, lo dotara de leyes y reglas propias y lo pusiera a girar en la mente de sus lectores.

Hernán sabe —y nos lo hace saber en su libro— que hay que nombrar, porque nombrar es apresar, identificar. Ahí está todo: esa estrella esperando que la llamemos Sirio, ese mar para que digan que es

purpúreo, pero también ese sentimiento para que se lo detecte como amoroso, o ese suceso histórico que sólo acepta el calificativo de cuento. Todo espera que el hombre lo conozca. Todo puede ser conocido a través de la palabra.

Palabra escrutadora, dictada por un narrador que será sin remedio el personaje central de la novela. Invisible o presente, dios omnisciente o simple fabulador, “acaso en un vano intento de reconstrucción lo que nunca llegó a oídos del novelista”, la más importante criatura que debe inventarse para que aquello que quiere contarse resulte convincente. Este procedimiento es sin lugar a dudas uno de los mayores logros de *Península, Península*:

Pluma y computadora han corrido inadvertidamente muchas páginas. Es hora de que nos concentremos en el carácter, vida y pensamiento del novelista, que se ha movido como un fantasma a través de esta historia peregrina y cuya pregunta cons-

tante, mientras concibe y escribe su novela, ha sido: ¿cómo procesar tantos detalles y tantas anécdotas dentro del enorme alambique de la realidad para que el producto de la destilación posea la intensidad, transparencia, carácter y sabor de la vida?

Esa sustancia inmaterial, huidiza como el azogue, y sin embargo esencialmente humana que es la vida hecha recreación, recuerdo, interpretación, confrontación, es el prisma a través del cual el narrador nos va mostrando el mundo y refiriendo las diferentes anécdotas. Y ello se debe a la extraordinaria atmósfera que, desde sus primeras líneas, consigue *Península, Península*. Porque para conquistar su soberanía, una novela debe imponerse al lector como una realidad distinta, única, dotada de unas leyes, un tiempo y otras características propias e intransferibles. En este sentido, la ventaja del novelista es que puede llenar con la imaginación los huecos que deja la historia. Por eso nos dice Lara Zavala:

El novelista solía recordar que el viejo Aristóteles argüía que la historia se encarga de narrar los sucesos tal y como sucedieron mientras que la literatura los cuenta como pudieron o debieron haber sido. ¿Qué es la novela sino un juego del que se sirven memoria e imaginación para evocar otras voces, otros tiempos, otros personajes y otras situaciones?

Aquello que imprime a una novela su originalidad es el elemento añadido, suma o resta (o suma y resta) que la fantasía y el arte del creador lleva a cabo en la experiencia objetiva e histórica al transmutarla en ficción. El elemento añadido no es sólo la anécdota, el estilo, el momento temporal,



Hacienda de campo de Xcanchakán

los sucesos históricos. Es siempre una compleja combinación de todos estos factores, que inciden tanto en la forma como en la propia anécdota y en los propios personajes de la narración para dotarla de su bella autonomía ante el mundo exterior, ante la realidad-real, por llamarla así.

De esta manera, a partir de ese afán de autorreflexión con que enfrenta el género —y que, decíamos, se traduce en un máximo de convicción—, el autor emprende entonces con plena libertad una narración polifónica, caleidoscópica, de amplios y variados registros, que lo mismo nos muestra las miserias del comportamiento de los “grandes hombres” de la historia —desde los políticos reales, como los gobernadores yucatecos Miguel Barbachano y Santiago Méndez, y los caciques indígenas rebeldes Jacinto Pat y Cecilio Chi—, lo mismo que arremete contra la intrigosa actuación del ficticio obispo Celestino Onésimo Arrigunaga; como también nos inmiscuye en los vericuetos de la intimidad de personajes “menores”, tales como la institutriz Anne Marie Bell y el alcohólico y misántropo doctor Fitzpatrick y su entrañable perro Pompeyo, entre muchos otros.

Con este elenco y conforme se van presentando uno a uno los personajes a lo largo del libro, se van entrecruzando y enredando las historias y los problemas políticos, religiosos, familiares, de intereses confesables e inconfesables, que irrumpen en el fragor de una de las más cruentas guerras fratricidas de las que se tenga memoria, pues en ella se exterminó a casi la mitad de la población de la península.

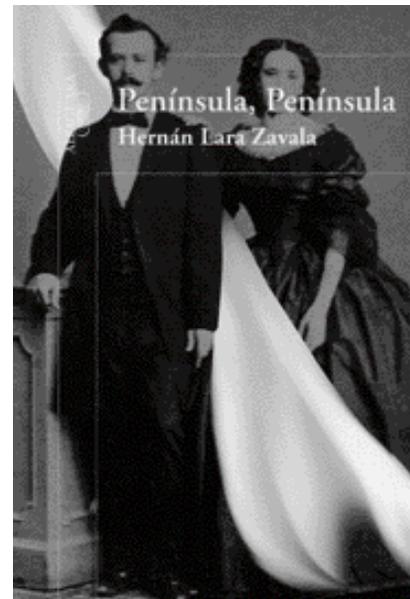
Kundera habla de las novelas que tienen una “máxima diversidad en un mínimo espacio”, y esto es lo que consigue Lara Zavala. ¿Qué ha sido la península yucateca sino un crisol donde se cocinaron toda

clase de conflictos y contradicciones humanas por la inevitable intolerancia y la violencia ante “lo otro”, ante lo “extraño”, ante lo “diferente”? En efecto, hasta Benito Juárez creyó resolver el problema salomónicamente: darle a cada quien su parte y terminar de una vez por todas con las peleas entre campechanos, meridianos y mayas, pero la terca realidad (la terca realidad-real) terminó rebasando a la voluntad política.

Demasiados años de agravios y explotación tuvieron consecuencias funestas de las que, aún en pleno siglo XXI, el país parece no reponerse; muy al contrario, parecen reeditarse constantemente, ahora sobre las bases de la globalización y el neocolonialismo hiper-tecnológico. “Quiénes nos acercamos a la historia para ubicar novelas en un tiempo pasado no hacemos sino aprovechar otra época para reflexionar sobre el presente”, dice el narrador. Por eso, al hablar del pasado, Hernán Lara también nos está hablando de nuestra candente actualidad: la intolerancia ante lo “otro”, lo “extraño”, lo “diferente”, pero no menos que la corrupción de los gobernantes, la explotación inclemente de los más débiles y desprotegidos, la injusticia social, la discriminación racial y étnica, la reprochable actuación de la Iglesia católica ante los sufrimientos de la feligresía, el centralismo antidemocrático, el colonialismo insaciable...

De ahí que al terminar la lectura de *Península, Península*, se tenga la sensación de haber recorrido todo un mundo (un mundo propio), bellamente descrito (hasta el reiterativo título es al mismo tiempo lamento y espejo), terrible y fascinante a la vez, y del que se desprenden un sinnúmero de interrogantes.

Siempre he pensado que la literatura nació para dar respuestas, tarea que consti-



tuye la finalidad específica de la ciencia o de la filosofía, sino más bien para hacer preguntas, para inquietar, para abrir la inteligencia y la sensibilidad a nuevas perspectivas de lo sucedido. Pero toda pregunta de este tipo es siempre más que una pregunta: está probando una carencia, una ansiedad de llenar un hueco, y hay muchas ocasiones en que el hecho de encontrar una respuesta sea menos importante que el haber sido capaz de vivir a fondo las preguntas, de avanzar ansiosamente por las pistas que tiende a abrir en nosotros. Desde este punto de vista, la buena literatura mexicana actual es la más formidable preguntona de que tengamos memoria entre nosotros. Esa buena literatura —fundamental para conocernos como personas y como habitantes de este país— a la que se agrega por derecho propio *Península, Península*. [U]

Hernán Lara Zavala, *Península, Península*, Alfaguara, México, 2008, 363 pp.

De esta manera, a partir de ese afán de autorreflexión con que enfrenta el género, el autor emprende con plena libertad una narración polifónica, caleidoscópica, de amplios y variados registros.